



# Jorge Enrique Sinclair Ávila

Egresado de Médico Cirujano

**A**l finalizar mi primer año de Internado en el Hospital Hidalgo, en donde obtuve el promedio de 97.6 al final de las rotaciones, se fue concibiendo un nuevo sueño, una nueva meta: ir a la gran Ciudad de México con miras a realizar una especialidad. Mis deseos giraban entre Neurocirugía, Medicina Crítica o Cardiología.

Gracias a una fuerte recomendación de mi maestro Salvador Salazar Gama, después de haber rotado casi un año bajo su tutela, las puertas para entrar al prestigioso Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía Velasco Suárez estaban prácticamente abiertas, pero siempre con los pies bien puestos en la tierra, al recordar las necesidades de mi país Panamá. En ese momento pensé en Medicina Crítica y Terapia Intensiva, novel especialidad a nivel mundial donde México era uno de los pocos países que contaba con este programa.

Como si el destino y Dios escucharan mis peticiones, tuve la gran suerte de recibir una llamada de mi querido y brillante amigo doctor Guillermo Llamas Esperón, egresado de la primera generación de la Escuela de Medicina, y quien había obtenido su pase a la residencia para realizar la Especialidad de Medicina Interna en el prestigioso Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán. Me buscó para comunicarme que existía una plaza vacante para algún alumno con muy buen índice y que deseara realizar estudios de investigación (*research*) por espacio de uno o dos años.

Fue así como ingresé al Departamento de Medicina Crítica y Terapia Intensiva en el área de Hemodinámica, bajo la tutela del doctor Javier Ramírez Acosta (originario de Aguascalientes) y jefe de dicho departamento. Estuve por un período de año y medio, y al final logramos concretar cinco trabajos de investigación que fueron expuestos en el 1<sup>er</sup> Congreso Latinoamericano de Anestesiología y Terapia Intensiva; y en el 3<sup>er</sup> Congreso Mundial de Medicina Crítica, celebrado en 1981 en Washington D.C., Estados Unidos.

Allí tuve la oportunidad de conocer a los grandes maestros de la Medicina Crítica mexicana y mundial, al doctor Alberto Villazón y Alfredo Sierra Unzueta, quienes me invitaron a realizar mis especialidades de Medicina Interna y Medicina Crítica en un programa conjunto, en el Hospital Español de México. Sin duda alguna, puedo afirmar que las décadas de los años 70 y 80 fueron las que marcaron mi futuro y vida científica para el resto de mi vida.

Dado mi perfil de publicaciones y membresías en sociedades internacionales, fui invitado para realizar un “Fellowship” en Medicina Crítica y Terapia Intensiva en el Memorial Hermann-Texas Medical Center y en el MD Anderson Cancer Institute, ambos de la Universidad de Texas, y fortalecer mis conocimientos en Intensivos en pacientes con trauma y cáncer.

De regreso a Panamá, fui nombrado director de las Unidades de Medicina Crítica y Cuidados Intensivos del Complejo Hospitalario de la Caja del Seguro Social, función que ejercí hasta el año 2014. En este período se creó bajo mi dirección y guía el primer programa de Medicina Crítica y Terapia Intensiva de la República de Panamá y de Centroamérica. Al mismo tiempo, de retorno a mi país fui nombrado profesor de cátedra de Medicina, Cirugía y Medicina Crítica (primera versión) en la Facultad de Medicina de la Universidad de Panamá.

El 1999 fui invitado a la Unidad de Cuidados Intensivos del Johns Hopkins Hospital, Baltimore, donde me nombraron profesor distinguido, y se inició una relación científica en investigación, misma que dio sus frutos con la creación en el año 2004 del Hospital Pacífica Salud/Johns Hopkins Medicine, Panamá, en donde desde su fundación desempeño el cargo en el Comité Médico Ejecutivo y director de las Unidades de Cuidados Intensivos y Trasplante de Corazón. A la fecha, hemos obtenido cinco acreditaciones por la Joint Commission International y dos acreditaciones del programa de Stroke.

En 2005 se me otorgó una beca para estudiar la Maestría de Administración y Gestión Hospitalaria en la Universidad Alcalá de Henares, Madrid, España. En 2007 realicé la Maestría de Health Management, en la Universidad de George Washington D. C., Estados Unidos, y finalmente la Universidad de Panamá me otorga el Doctorado en Ciencias Médicas.

En el año 2009 estudié un postgrado de un año en la Escuela de Negocios de la Universidad de Harvard, Estados Unidos. En conjunto con la trayectoria laboral y académica, he sido distinguido como “Fellow” (colegiado) de los Colegios Americanos de Medicina Crítica, Cardiopulmonar, y “Master” del Colegio Americano de Medicina Interna de los Estados Unidos, así como miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Medicina Crítica, y miembro honorario de diversas sociedades internacionales.

Fui fundador del Consejo Centroamericano y del Caribe de Medicina Crítica (COCECATI) y profesor honorario de múltiples sociedades nacionales e internacionales. En 2016 fui galardonado con la Medalla al Mérito Profesional, tanto por mi *alma mater*, Benemérita Universidad Autónoma de Aguascalientes, como por la sociedad de exalumnos, siendo uno de los honores más significativos en mi vida.

En el año de 1995 me nombraron médico de cabecera del señor presidente de la República de Panamá, doctor Ernesto Pérez Balladares, y por petición mía y en conjunto con nuestra universidad se concretó la primera visita oficial de un presidente extranjero a nuestra universidad.

Al término de su mandato, a petición de la Facultad de Medicina de Panamá, recibí la máxima condecoración del Estado bajo la orden “Presidente Belisario Porras”, en Grado de Comendador. De la misma forma, he sido distinguido como Médico de la Embajada de México en Panamá por espacio de treinta años. Finalmente, en cincuenta años de relación estrecha con mi *alma mater*, logramos acuerdos con la Fundación “Maestro Alfredo Sinclair Ballesteros”, que promueve el desarrollo de la cultura y que nuestros maestros, que en paz descansen, Alfonso Pérez Romo y don Humberto Martínez de León, fueron testigos presenciales.

Se han logrado rotaciones de estudiantes de nuestra universidad con la Universidad de Panamá y he sido profesor partícipe de múltiples congresos, seminarios e invitaciones académicas. La Medicina Crítica, en mi caso particular, me

permitió afrontar como director, médico y profesional la dura batalla de la pandemia del SARS 2 COVID.

Siendo miembro de una familia de artistas en Panamá, en la cual crecí envuelto entre las nubes y cuerdas del arte, la pintura, la música, la filosofía, a primera instancia era difícil comprender por qué el hijo mayor decidía emigrar en busca de su destino y su encuentro personal. Bajo los sabios consejos de mi padre, quien ya había experimentado lo mismo al irse a estudiar a la hermosa Buenos Aires, Argentina, durante la Segunda Guerra Mundial, “vivir mi propia experiencia” con la fuerza e ilusión de un colibrí chavalo de dieciocho años, era mandatorio y necesario. “Dicen que de lejos se ve más claro” (“Soneto a mamá”, Serrat), era lo necesario y obligado. De manera maravillosa y sorpresiva, me refugié en la ciudad de Aguascalientes y su Universidad, donde me esperaban –sin saberlo– don Alfonso Pérez Romo, don Humberto Martínez de León, el licenciado Ballesteros y el doctor Giacinti, quienes después de una corta entrevista me tomaron como hijo de la Universidad y su futuro embajador extranjero, abriendo un camino de dos vías para no morir jamás y nunca dejar de regresar, y donde Alfredo Sinclair –mi padre que descansa entre las estrellas– presentó su primera exposición individual en el centro de la rectoría universitaria, en ese entonces, ubicada en el Edificio Central, como honor a la generación del 79 de Medicina. Esta experiencia cobra valor cada día en cada instante, acto que ejecuto recordando mi deuda académica, personal, científica y espiritual con los que me formaron con los más altos índices de calidad, sabiduría y humanismo.

La UAA fue más que mi universidad solamente; fue y es mi segundo hogar, mi segunda familia, y lo será hasta que las golondrinas se lleven mi canto, como diría Alberto Cortés. Es la piedra y la base de mi formación profesional y yo me siento –como dice en su libro *Testimonio de unos días* nuestro querido don Alfonso Pérez Romo– “semilla y testigo de esta casa de estudios”, hoy convertida en Benemérita.

Mis recuerdos vividos no cabrían jamás en una página o libro de texto. Desde mis inicios en el año 1974, el sabor de las madrugadas frías rumbo al campus universitario donde fuimos testigos de sus primeros cimientos; el calor de mis amigos y compañeros, la empatía de mis maestros, los conciertos en el Edificio Central, frente al Parián acompañado de mi mejor amiga, mi guitarra, donde dábamos rienda suelta a las canciones de Serrat, los poemas de Neruda; los domingos culturales, los sábados de trabajo de campo social, donde mano a mano compartíamos con los

campesinos en los ejidos, y donde el concepto universitario se manifestaba por el hombre y para el hombre, donde la luz de nuestros conocimientos incipientes se compartía con nuestros humildes pacientes. Los domingos en casa de los Gutiérrez y los poemas de don Alfonso con su piano en casa; y qué decir de las corridas de toros con los Armillita, y de las largas noches de estudio recordando nuestra casa en Panamá. Cómo olvidar las fabulosas clases del maestro Camilo Apess Mahmud, las noches de piano en casa del doctor Salazar Gama, pero, eso sí: a las 7 am ¡en el Hospital Hidalgo! Lo más significativo fue la dedicación de nuestros maestros, la vibrante necesidad de aprender de mis compañeros y los sueños más hermosos de una juventud seria y dedicada bajo el cielo claro de Aguascalientes.

Los primeros cincuenta años o Bodas de Oro de nuestra *alma mater* son el reflejo de que no existen imposibles cuando un grupo de soñadores intelectuales y valientes dieron todo de sí para hacer realidad el sueño de uno de los estados más pequeños de la República Mexicana y del cual me siento parte.

La oferta académica lograda, tanto en calidad como en números, es prácticamente insuperable para una universidad que, aun siendo joven, posee la madurez, la excelencia y el prestigio necesarios para satisfacer la demanda más exigente. Nuestra Universidad Autónoma de Aguascalientes ha logrado en pocos años ser incluida entre el pequeño y significativo círculo de las “Beneméritas”, título logrado por todas sus virtudes, tanto académicas, científicas, sociales y humanas, aspectos que la hacen distinguir brillantemente entre muchas otras.

Es nuestra obligación, y más aún, de las nuevas y futuras generaciones, resguardar el sueño de los valientes precursores, llámense don Humberto, don Alfonso y toda la gama de héroes anónimos que dieron sus vidas por nuestra *alma mater*, y continuar resguardando celosamente el legado obtenido en estos cincuenta años.

De mi parte, sobra decir y reafirmar mi lealtad, amor y agradecimiento a sus directivos, sus precursores, y a toda esta hermosa tierra mexicana que hoy día ocupa gran parte de mi vida y de mi corazón.